

NUESTRAS VISITAS
BLASCO IBÁÑEZ
El caballero Audaz

Hola, *chiquet!*

—Querido Blasco. ¿Cómo está usted?...

—Mejor que nunca... ¡Che!... ¡Pero qué estatura! ¡Qué grueso! ¡Cómo ha cambiado usted!...

—Y usted también, Blasco... Está usted más joven, más alegre, más elegante.

Pepe Francés, que le acompañaba, robusteció mi observación.

—En efecto —dijo observándolo al través de sus grandes y oscuros lentes bordeados de concha—; es usted otro hombre, Blasco: desde aquellos tiempos de *La Novela Ilustrada* hasta ahora ha variado usted enormemente. Sin barba, sin tripa, tan atildado, con cierta pátina parisiense.

Y así era. Este Blasco sonriente y alegre a quien saludábamos en su cuarto del Palace Hotel, no recordaba al Blasco revolucionario e inquieto de hace doce años. Ahora en vez de aquella barba rizada y puntiaguda, tan característica, tiene el rostro completamente rasurado, con tanto esmero que por algunos sitios brotó la sangre. Lleva el bigote cuidadosamente cortado a la inglesa. Su cabeza de rizada cabellera ya ha comenzado a quedarse monda, conservando como trofeo de su antiguo esplendor una greña crespa y desaliñada que a veces cae sobre la amplia y rugosa frente. Las manos del insigne novelista están muy pulidas y aderezadas con algunos sencillos aretes de oro.

No había terminado de vestirse; estaba en mangas de camisa; una camisa verde cruzada por unos tirantes de seda que sujetaban los pantalones azules, elegantemente planchados. Sus botas eran de charol y lona.

Nosotros tomamos asiento al lado del ventanal, cerca del lecho, sobre el cual, entre el desorden de las ropas, había cartas, telegramas, libros, el saco de viaje y la americana azul con el rojo botón de la Legión de Honor.

Blasco permanecía de pie en el centro de la habitación, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Hablaba, hablaba siempre con una *posse* simpática de hombre de mundo para el cual no hay secretos en la vida: su voz chillona no está en armonía con su gesto de comediante francés.

—Se dice que ha venido usted a asuntos relacionados con la guerra europea —le insinuamos.

—¡Oh, no es cierto!... Son fantasías. El objeto de mi viaje a España es visitar mi familia, saludar a mis editores. Ya lo digo en una carta que dirijo a los diarios. ¿A qué iba a venir si no?...

—Se dice que a convencer al Gobierno de la conveniencia de una intervención.

—Eso es un dislate que han lanzado mis enemigos... Yo no soy partidario de que España intervenga en la guerra; creo que se debe mantener en una neutralidad favorable a los aliados. Claro que debe estar prevenida: pero nada de intervenir... ¿Qué iba a resolver la ayuda nuestra en esa contienda gigantesca donde los cuerpos de ejército de seiscientos mil hombres?... ¡Nada! ¡Créalo usted, nada!

—¿Vencerán los aliados?...

—Yo creo firmemente en el triunfo de ellos por una serie de razones que no expongo porque resultaría una conferencia. Sí, desde luego. Cada día que pasa representa una nueva seguridad de triunfo para los aliados.

—¿Cuánto tiempo cree usted que durará la guerra?...

—Será larga, muy larga. Tal vez sea la paz en 1917, tal vez en 1918; pero no antes.

Hizo una pausa. Se puso la americana.

—Hablemos de usted, Blasco. ¿Cuántos años tiene usted?...

—Nací en enero de 1868. No tengo que decirle a usted que en Valencia. La primera vez que me di cuenta de mi existencia fue al oír el estruendo de los cañones. La ciudad era bombardeada en uno de los movimientos revolucionarios de la época. Después mi niñez se desarrolló entre los accidentes de la guerra carlista, que fue terrible en la región valenciana.

—Tal vez esta primera iniciación de la vida ha influido en el resto de su existencia.

—Seguramente —afirmó Blasco—. Bueno; pues luego, teniendo doce años, cuando estaba en un colegio dirigido por curas recibiendo una educación estrechamente religiosa, yo mismo me fui formando una mentalidad muy distinta al ambiente que me rodeaba. Tenía una gran afición a la lectura y leía todos los libros que caían en mi mano; libros que pedía prestados en mis salidas del colegio a todos los que conocía, especialmente a un barbero amigo.

—¿Recuerda usted qué lecturas fueron las que más le impresionaron en aquella época?...

—Sí, señor. *La vida de Jesús*, de Renan, y los *Estudios de la Edad Media*, de Pi y Margall. Después fui estudiante en la Universidad, porque «aunque me esté mal en decirlo», yo también soy abogado. Al mismo tiempo que inicié mis estudios de futuro jurisconsulto empecé mi vida de político de acción. Apenas tenía dieciséis años y ya era una figurita dentro del partido republicano, que entonces vivía apartado de la legalidad y dedicado a las conspiraciones. Confieso que fui siempre un mal estudiante. Mi deseo era entrar en la Marina de guerra; pero por exigencia de mi madre tuve que seguir una carrera más pacífica. No perdí ningún curso; estudiaba tenazmente quince días antes de los exámenes aprendiéndolo todo de memoria con una facilidad igual a la que tenía para olvidarlo poco después. Rara vez asistía a las clases. Me había ya tentado el demonio de la literatura y huía de las aulas universitarias para pasar la mañana vagando por los senderos de la risueña vega valenciana o tenderme en la playa a la sombra de una barca contemplando las espumas del Mediterráneo y soñando con el cisne de Lohengrin. Solo entraba en la Universidad en los días de revuelta para provocar y dirigir la pedrea contra reaccionarios y liberales. Recuerdo que los bedeles, cuando me veían en el claustro de tarde en tarde, se ponían en guardia. «Ave de mal agüero que anuncia la tempestad» —decía Palanca, el padre del actor.

—¿A qué edad fue usted por primera vez procesado?...

—Siendo todavía estudiante me senté en el banquillo de los acusados por una de las pocas poesías que he escrito en mi vida. Era un soneto contra los reyes; todos los reyes de la tierra: me indultaron de la pena de seis meses de arresto en vista de la edad, pues solo tenía dieciséis años; pero yo creo ahora que este indulto fue también por lástima, teniendo en cuenta lo malo que era el soneto.

Reímos; él continuó:

—Al fin fui abogado, pero la terminación de mis estudios sirvió para que me dedicase con toda mi actividad a los trabajos revolucionarios. Yo no soy político ni lo he sido nunca. Recuerdo que cuando Salmerón me ofreció el ministerio de Instrucción pública, yo rechazaba la oferta diciéndole: «A mí me dan ustedes la embajada de Constantinopla». Y es eso; que yo no sentí el politiquero. Sentía la lucha. Soy un agitador, un artista enamorado de la acción, y recuerdo mi juventud con sus conspiraciones novelescas, sus viajes peligrosos, sus idas nocturnas a los alrededores de los cuarteles en espera de un regimiento que nunca llegaba a salir, con más agrado y entusiasmo que las tardes grises, monótonas y vulgares del Parlamento.

—¿Fue usted condenado muchas veces por tribunales civiles y militares?

—¡Uf!, muchísimas. Calculando el tiempo que fui a la cárcel por días, semanas o meses, puedo afirmar que la tercera parte de este período la pasé a la sombra o huyendo. He estado preso unas treinta veces. Los años 1890 y 1891 los pasé emigrado en París, viviendo en el barrio Latino, y solo pude volver a España cuando dieron una amnistía a los reos políticos. En 1895, cuando ya había fundado *El Pueblo*, ocurrió en Valencia un gran choque de las masas populares y la Guardia Civil. Hubo numerosas bajas por ambas partes. La región fue declarada en estado de sitio; yo tuve que huir, e hice bien, pues tengo la certeza de que si me apresan no existiría yo a estas horas. Hui a Italia disfrazado de marinero. Cuando se sosegó todo volví a España; pero unos correligionarios, sobradamente entusiastas, se lanzaron al campo, contra mi voluntad, levantando varias partidas que se tirotearon con la Guardia Civil. Inmediatamente las autoridades tomaron la precaución que era ya de costumbre: «Blasco Ibáñez a la cárcel»; porque según dijo un fiscal, «no se movía en Valencia una hoja sin que yo lo mandase». Esta vez comparecí en un cuartel ante un Consejo de guerra. Una escena teatral, de la que me acuerdo aún con cierta satisfacción artística. Después de un largo debate me leyeron la sentencia, por la noche, en medio del patio, entre bayonetas y a la luz de un farol agujereado por las balas de los míos. ¡Una escena de la Revolución Francesa!... Me condenaron a no recuerdo cuántos años de presidio..., de presidio, ¿eh?... Perdí hasta el nombre, pues durante mucho tiempo fui simplemente el número trescientos tantos. Me afeitaron, me cortaron el pelo al rape y en los días de revista tenía que vestirme con el traje gris y el gorro como mis compañeros de hospedaje. Todos ellos personajes de marca en su mundo. Estaban sentenciados a grandes penas. Pero, sin embargo, guardo de todos ellos cierto recuerdo de gratitud; pues me trataban con un respeto fraternal y al mismo tiempo admirativo, procurando mejorar mi situación. A uno de ellos, sentenciado a muerte, le pude pagar sus atenciones procurándole su evasión. Viví todo un año en aquel presidio. ¡Un año!... Esto se dice muy pronto, amigo *Audaz*. Al fin salí, no por indulto, sino por conmutación de pena, como un criminal vulgar, teniendo en cuenta la buena conducta que había observado en el encierro. El viejo Cánovas, que me distinguía con una animosidad especial, me trajo desterrado a Madrid para tenerme a la vista. Los republicanos, para sacarme de esta situación, me proclamaron diputado en las primeras elecciones. ¡Diputado yo que había abominado siempre de esta investidura!... Me cansé pronto y dimití el cargo, dedicándome a otras cosas más en armonía con mi espíritu.

Calló. Nosotros exclamamos:

—Ha vivido usted mucho y muy de prisa.

—Y así viviré siempre —se apresuró él a contestar—. He viajado mucho, he emprendido las más diversas y contradictorias empresas, he arrojado peligros, amo los negocios, más que por los resultados positivos, por el gusto de vencer las dificultades que ofrecen.

—¿Cómo comenzó usted su vida literaria?

—Con la publicación de los *Cuentos valencianos*. Antes había escrito varios novelones históricos que aparecieron en folletines de periódicos y luego en volúmenes que,

afortunadamente, desaparecieron. Después publiqué Arroz y tartana y toda la serie de novelas que reflejan la vida de Levante.

—Todas sus novelas están recogidas de la realidad.

—Todas. Escribo lo que veo..., lo que me impresiona, y retengo perfectamente un paisaje, una conversación o un ambiente. Mi novela *La barraca* tiene su historia. Cuando yo estaba escondido en la trastienda de una taberna del puerto esperando la ocasión para huir a Italia, y con la perspectiva de ser fusilado, me entretuve escribiendo en unos cuadernillos de papel de cartas un cuento, al que puse por título «Venganza moruna». Pude huir a Italia y al volver fui condenado a presidio: pasaron varios años y un día el correigionario dueño de la taberna me entregó los papeles que había dejado olvidados en su casa. Eran el cuento. Al releerlo presentí que de allí podía yo hacer una novela... Y así lo hice. En poco tiempo desarrollé *La barraca*, que fue la primera novela que me dio celebridad en España y fuera de ella.

—¿Cuántos libros lleva usted publicados?

—No lo sé. Yo no los he contado nunca, ni esto me interesa. Me ocupo de mis libros mientras los pienso y los escribo. Apenas los he terminado no vuelvo a acordarme de ellos y los olvido a veces completamente.

—¿A qué idiomas han sido traducidos?

—Todos ellos al francés, y una gran parte al inglés, al alemán y al italiano. Tengo muchos traducidos a todas las lenguas de Europa, hasta al griego moderno, al checo y al ruteno. En Rusia casi soy su novelista popular; además existe allí lo que no hay aquí: una colección de «Obras completas de Blasco Ibáñez».

—¿Qué capital ha reunido usted con la literatura?

—¡Oh!, eso no sé. Al mismo tiempo que escritor he sido otras cosas, todo menos hombre de administración, y el dinero cuando llega a mis manos lo gasto sin averiguar de dónde procede.

—Su residencia actual ¿es París?

—Sí, señor. Habito un pequeño hotel cerca del Bosque de Bolonia. Me seduce tener a mi disposición, como si fuera mío, este parque, el primero del mundo, y paseo por él dos horas todos los días. Ahora estoy escribiendo la *Historia de la guerra*, sin más documentos que los que yo puedo proporcionarme directamente en los informes del Estado Mayor y en mis viajes al campo de batalla. Además de este hotelito de París ¡tengo tantos domicilios! Casa en Valencia, casa en Malvarrosa, casa en Madrid —calle de Salas—, casa en Buenos Aires, casa a orillas del Paraná, cerca de las fronteras del Paraguay y del Brasil, en pleno bosque semitropical, ¡Y las casas que tendré todavía!

—Cuéntenos usted alguna anécdota,

Blasco hizo un gesto de horror y exclamó:

—¡Tengo tantas, tantas!... Un día en París, almorzando en casa de mi editor francés Calmann Levy en compañía de varios escritores, me dijo Anatole France: «El día que usted publique sus memorias, habrá producido la más interesante de sus novelas». Y así es. Yo he tratado a las gentes más diversas y he vivido en las capas sociales más opuestas y contradictorias. Soy amigo íntimo de presidentes de república y traté al depuesto emperador de Turquía Abdul Hamid, al que llamaban el *Tirano Rojo*. He sufrido las angustias del céntimo en mezquinas empresas editoriales de España y he manejado millones en mis trabajos de América. He estado en presidio y años después, sin buscarlo, he entrado en los salones más cerrados del gran mundo de París y otras capitales. He sido escritor, colonizador y guerrero. He creado libros

y he creado pueblos. Una voz mía la han obedecido miles de hombres, jugándose sus vidas, al mismo tiempo que yo, al frente de ellos me jugaba la mía. Tengo en mi cuerpo, como recuerdo de estas aventuras, las cicatrices de dos balazos y algunos rasguños. Presiento que no he terminado aún y que en los veinte años que me pueden restar de vida todavía el Destino me reserva nuevas aventuras. Yo, amigo *Audaz*, soy una fuerza suelta que a veces encuentra ocasión de funcionar normal e intensamente. No creo nada de esto, incompatible con mis aficiones de artista; es más: creo seguir con ello una tradición nacional, la verdadera tradición de la literatura española. Nuestros escritores de otros tiempos, a partir de Cervantes, fueron hombres de acción, soldados, navegantes, conquistadores; en una palabra: hombres de pelea. Muy distintos del literato profesional y sedentario: hombres de acción que corrían el mundo, vivían la vida, veían las cosas por sus propios ojos y no a través de los libros, y, cuando no tenían otra ocupación más urgente e importante, se dedicaban a escribir, empleando la literatura como una válvula de escape.